

Unidad 2

- Las bases de la conducta social

“Una comparación de los patrones culturales característicos de cada sociedad proporciona un conocimiento profundo de grandes variaciones en la conducta cotidiana. Revela, por ejemplo que la ‘normalidad’ es un concepto relativo y no absoluto y que debe restringirse a la sociedad en cuestión.”

Las bases de la conducta social

Las bases de la conducta social humana son: las influencias culturales originadas por la existencia de sociedades organizadas; las influencias sociales debidas a grupos primarios dentro de la sociedad y las influencias ambientales mediadas por las propiedades físicas del ambiente social. Pertenecer a una sociedad dada significa, cuando menos, la exposición -si no la completa adhesión- a sus valores culturales, un cierto grado de conformidad con la conducta de sus miembros y la necesidad íntima de contactos sociales satisfactorios con otras personas. La influencia de los aspectos físicos del ambiente social incluye el aprovechamiento del territorio por el hombre y los efectos de la sobrepoblación, del contacto constante y del aislamiento en la conducta humana. Es conveniente iniciar el estudio de la conducta social humana con un examen de la sociabilidad y del agrupamiento en los animales inferiores y considerar la relación dominio-sumisión en los primates subhumanos. Al examinar las características de la conducta social animal, es posible discernir los aspectos únicos que tiene la conducta social humana. En este primer capítulo se analiza el conjunto de condiciones culturales, sociales y ambientales necesarias para que el individuo sea esencialmente "humano" en su conducta.

INFLUENCIAS CULTURALES

La cultura es el más penetrante de los contextos sociales. Para comprender la importancia de la sociedad humana en cuanto influencia socializante de la conducta, hay que hacer referencia a la cultura, puesto que es esta el rasgo más significativo de una sociedad. La cultura se compone de los patrones aprendidos y organizados de conducta característicos de una sociedad particular. Según la define Linton (1936) la cultura es "la suma total de los patrones de conducta, actitudes y valores compartidos y transmitidos por los miembros de una sociedad dada". (p. 288). La cuestión de la cultura y de su influencia en la conducta ha sido de importancia fundamental desde los años de 1920, cuando los antropólogos comenzaron a estudiar sistemáticamente las sociedades primitivas y observaron que la conducta humana acusa grandes variaciones bajo diferentes condiciones sociales. La observación del hecho de la plasticidad de la naturaleza humana puede considerarse hoy en día como trivial, dado que las conclusiones de los antropólogos sociales se dan por confirmadas. Pero es imposible estar plenamente consciente de la cultura como una fuerza que moldea, si no se aprecian todos los tipos y la diversidad de la conducta humana. Estamos tan profundamente inmersos en nuestra propia cultura que

nos es difícil situarnos con suficiente perspectiva para darnos cuenta que ésta es sólo un conjunto de disposiciones hechas por el hombre para regular la vida social. Quizás las dos conclusiones más importantes de los antropólogos son: que no existe una naturaleza universal humana basada solamente en los instintos y que diferentes sociedades desarrollan distintos patrones culturales, así como diversas soluciones a los mayores y más constantes problemas de la vida.

Según Benedict (1934), un patrón cultural puede considerarse como un conjunto de maneras -ampliamente compartidas- de conducirse en una sociedad y de las creencias, que acompañan dicha conducta. Un patrón característico o conjunto "de valores es lo común a la mayoría, de los miembros de la sociedad y lo que diferencia a esta de otras culturas. Por ejemplo, entre los indios Zuni las ceremonias y los modos "debidos" de hacer las cosas constituyen un patrón cultural, pero entre los indios Kwakiutl, la importancia del rango y el status social, establecidos mediante la distribución ostentatoria y prodiga de bienes, es un patrón básico de cultura.

Una comparación de los patrones culturales característicos de cada sociedad proporciona un conocimiento profundo de grandes variaciones en la conducta cotidiana. Revela, por ejemplo, que la "normalidad" es un concepto relativo y no absoluto, y que debe restringirse a la sociedad en cuestión. Tres ejemplos de los escritos de Mead (1928, 1935) ilustran este punto. En la sociedad occidental hay ciertas y definidas ideas con respecto al papel sexual normal. Así, las mujeres hombrunas y los hombres afeminados difícilmente se toleran. Pero en la tribu Tchambuli de Nueva Guinea, los papeles sexuales parecen haber sido invertidos. Las mujeres son dominantes; ellas ganan el sustento, operan las transacciones comerciales, toman la iniciativa en el cortejo amoroso y constituyen la cabeza de familia. Los hombres, por otra parte, son sumisos, coquetos, delicados; inclinados al chisme, y de ellos se espera que sean hogareños y se interesen en las danzas y actividades artísticas. Los Tchambuli ilustran hasta qué punto las normas culturales influyen la personalidad y la conducta. Un segundo ejemplo es el problema de la tensión psicológica, la indecisión y la inquietud características de la adolescencia en la sociedad occidental. Se admite generalmente que las dificultades de la adolescencia forman parte inevitablemente del crecimiento dada la rápida maduración física y emocional. Los estudios de la educación de las niñas en Samoa muestran que la adolescencia puede ser un período sin angustias, tensiones o disturbios. Desde que la joven llega a la adolescencia hasta que se casa, tiene libertad para cortejar, para participar en una gran cantidad de juegos sexuales y para dedicarse a muchos goces sin mayor obligación social. No es sorprendente que los adolescentes en Samoa padezcan menos angustia que muchos jóvenes en nuestra sociedad. Un tercer ejemplo de la importancia de los estudios transculturales para el problema de la normalidad es el de la homosexualidad. Estudios transculturales muestran que la homosexualidad no es una característica innata. El alto valor que la homosexualidad tuvo en la civilización griega y su casi total ausencia de homosexualidad en la cultura de Samoa --según las observaciones de Mead- pueden comprenderse en términos de costumbres sociales y sexuales de una cultura. Las comparaciones transculturales de los valores dominantes en las diferentes culturas y las influencias subsecuentes a estos valores, esclarecen enormemente la importancia de la cultura, la variabilidad de la conducta humana y el concepto de normalidad en la conducta.

El estudio de la cultura, al mismo tiempo que constituye la base para la comprensión de los factores subyacentes al desarrollo de los diferentes grupos de individuos, nos revela el común denominador de la conducta humana. Toda persona tiene impulsos básicos primarios, tales como el hambre, la sed, el deseo sexual y la necesidad de calor, de abrigo, de estimulación y de confort. Aun las motivaciones aprendidas, tales como el temor, el mantenimiento de la autoestima, la necesidad de

afiliación y de aprobación social, aunque diferentemente expresadas o sentidas en las diversas sociedades son comunes a todos los pueblos.

El hecho de que la mayoría de nuestras motivaciones importantes (ya sean impulsos innatos o necesidades aprendidas) puedan solamente ser satisfechas en un contexto social, determina la influencia de la cultura en la conducta. Especialmente en la niñez, cuando se socializan los valores culturales básicos, el individuo depende de la presencia de otros para la satisfacción de sus necesidades. Esto no es cierto únicamente con respecto a la alimentación y a la supresión del dolor, sino también con respecto al contacto-comodidad y a la estimulación. Dado que estas necesidades se satisfacen en interacción con otras personas, ellas forman las bases para las primeras experiencias de aprendizaje del niño mediante los esfuerzos de los padres para socializarlo.

Las sociedades disponen de diferentes arreglos para satisfacer las necesidades de sus miembros y estos arreglos institucionales suscitan los tipos de conducta social característicos de una sociedad. Un ejemplo extremo de cómo los patrones culturales se basan en arreglos para la satisfacción de impulsos, nos es dado por los indios Siriono, del Este de Bolivia. Estas personas viven en espesos 'bosques tropicales en los que la comida es escasa, en un estado casi perpetuo de semi-inanición. Los alimentos (caza, pesca, nueces, bayas, frutas) y su búsqueda se han tornado de primera importancia. Los efectos de esta localización de la existencia en los alimentos se reflejan en sus costumbres, en sus valores y en la cristalización general de la personalidad. Las mujeres no se casan por amor, sino que son cortejadas con promesas de jugosas carnes o de miel de abeja. En la selección del cónyuge se prefieren las mujeres obesas; entre los hombres, los buenos cazadores son los más codiciados. La mujer no sufre por la infidelidad de su marido mientras éste no le dé comida a la otra mujer. Para evitar tener que compartir comida con los demás; mienten acerca de la cantidad de reservas alimenticias que tienen y comen principalmente 'en la noche para poder consumir más sin que los demás se enteren. Su finalidad al comer, parece ser la de engullir la mayor cantidad de alimentos en el menor tiempo. Los pensamientos, cantos y sueños de estos indios primitivos tienen como motivo principal la caza y la comida.

Aunque los siriono tienen un desarrollo estable de la personalidad, son egoístas e indiferentes a los demás, negando usualmente la ayuda a quien tenga problemas. Cuando un siriono llega a estado tal de vejez o enfermedad que ya no pueda cazar o obtener sus alimentos se le abandona a la muerte. Los siriono nos dan un ejemplo de cómo una escasez en los recursos naturales, tales como los alimentos, puede llevar a tipos extremos de conducta social y a maneras características de comportarse en una sociedad. Que dichos arreglos culturales son efectuados por el hombre, se demuestra por el hecho de que otros pueblos que viven áreas en las que la comida preferida es escasa, por ejemplo los Bushmen del desierto de Kalhari, resuelven su problema estableciendo arreglos sociales altamente cooperativos y amistosos para la distribución de los recursos existentes.

Pero la motivación humana es compleja, y una serie de necesidades e impulsos, muchos de ellos aprendidos; existen y requieren satisfacción. Dado que fines tales como el status; la autoperfección y la aprobación son inculcados socialmente, más bien que heredados biológicamente, su fuerza y los medios para satisfacerlos varían, de sociedad a sociedad. Los indios Kwakiutl y los australianos de clase media tienen ambos una exagerada necesidad de status pero mientras que el jefe Kwakiutl establece su status mediante una "potlatch" en la que trata de sobrepasar a su rival en la destrucción de canoas, mantas y herramientas; el australiano eleva su status superando a sus camaradas en la adquisición de signos materiales de salud y de éxito: En contraste directo, de nuevo, los Arapesh de Nueva Guinea muestran relativamente poco interés en cualquier forma de status social.

Los arreglos culturales establecen a la vez los límites de los tipos de necesidades que serán fuentes de motivación y de los modos por los cuales esas necesidades serán satisfechas.

La sociedad determina las actitudes del individuo, sus valores; sus hábitos, los patrones de cooperación y de conflicto y el modo por el cual el individuo va a relacionarse con los demás. Llegar a ser miembro de la sociedad, dotado de las apropiadas actitudes y comportamientos, es el resultado del proceso de socialización. McDougall (1908), uno de los primeros psicólogos, estableció que "el problema fundamental de la psicología social es la moralización del individuo por la sociedad dentro de la que nació como criatura"... (p. 16). McDougall se sirvió del término "moralización", prefiriéndolo a lo que actualmente se llama "socialización", pero no hay duda de que se refería al mismo proceso. "Si queremos entender la vida de las sociedades, debemos primeramente aprender a entender el modo en que los individuos son moldeados por la sociedad en que nacieron y en la que crecen; debemos aprender cómo a través de este modelamiento llegan a una aptitud para desempeñar su papel en la sociedad como seres sociales y cómo, en resumen, llegan a ser capaces de conducta moral" (McDougall, 1908, p. 174). En el proceso de socialización la cultura no trabaja en abstracto, sino más bien a través de sus agentes (padres, maestros, ministros de religión, etc.), en una secuencia determinada de contextos sociales, tales como la familia, la escuela, los grupos de juego y de trabajo. Este hecho nos ofrece otra pista hacia la comprensión de la cultura como un conjunto de contextos que dan contenido y dirección al aprendizaje del individuo. Aunque la mayor parte de este aprendizaje se lleva a cabo en un cuadro de referencia personal-social más bien que en un extenso contexto cultural, es la cultura la que indirectamente establece los límites y la forma del aprendizaje. La cultura delimita las características básicas de personalidad de los miembros de una sociedad y define en gran medida si serán agresivos o tranquilos, dominantes o sumisos, cooperativos u hostiles. ¿Por qué, pues, no son iguales entre sí todos los miembros de una sociedad? La respuesta a esta pregunta sirve de correctivo a la idea de ciertos antropólogos según la cual la cultura, a causa de su generalidad, debe ser la primera explicación de la conducta. En primer lugar, ningún individuo entra en contacto con todos los procesos significativos y eventos que comprende una cultura. En segundo lugar, los agentes o mediadores de la cultura tienen libertad, dentro de ciertos límites, para interpretar las normas culturales, y esta cierta autonomía interpretativa del agente ofrece muchas oportunidades para diversas interpretaciones que a su vez son fundamento de variaciones en la conducta. Esto es especialmente verdadero en el caso de las grandes sociedades, más expuestas al cambio, y menos verdadero en el caso de grupos pequeños y homogéneos. Finalmente, las diferencias individuales en sus características biológicas y hereditarias explican también en parte la gran variabilidad de la conducta en un mismo contexto social. Que la biología juega un papel importante en la conducta social del hombre, y que pocos desarrollos culturales son completamente independientes de las influencias biológicas, constituye un principio fundamental en psicología.

La designación de agentes que tienen la responsabilidad de interpretar y mediatizar la cultura ante el niño se relaciona sólo con un aspecto de la socialización. La sociedad procede también a la constitución de arreglos institucionales que incluyen formulación de objetivos y prescripción de técnicas, prácticas y calendarios aproximados para el desarrollo de etapas en el proceso de socialización. Los psicólogos han investigado las fuerzas que animan la adquisición y la realización de respuestas socialmente deseadas en la niñez. Sus hallazgos muestran el carácter eficaz de ciertas técnicas, tales como la recompensa y el castigo, la pena y la vergüenza, la imitación y la instrucción directa, que se usan en diferentes culturas para la motivación y el control de la conducta. Los antropólogos culturales han estudiado la relación entre la organización social, las prescripciones

culturales (o ideología), las prácticas de socialización y la personalidad de los adultos en varias culturas. Sus hallazgos sugieren que el programa total de cuidado del niño (especialmente las primeras prácticas de cuidado del infante, incluyendo las técnicas usadas en el destete, el ejercicio y la disciplina de la limpieza del niño) puede tener implicaciones de largo alcance para la personalidad del adulto. Finalmente, los sociólogos han examinado la estructura de la sociedad, centrándose en las variaciones de la estratificación social y en diferenciaciones tales como la clase social, los sistemas de parentesco y los grupos de edad y sexo, y han trazado su influencia en la adopción de valores, en el control de la conducta desviada y en el aprendizaje de conductas comunes. Los psicólogos, antropólogos y sociólogos reconocen que la cultura debe verse en su propia perspectiva como el más extenso de todos los contextos sociales, que define los límites e influencia la conducta de modo indirecto y por medio de agentes de socialización.

INFLUENCIAS SOCIALES

Socialización

A través del proceso de socialización llega el individuo a ser miembro de la sociedad, dotado de las actitudes sociales y de las conductas comunes, propias a su sociedad particular y a su lugar dentro de ella. El individuo se ajusta al grupo aprendiendo las conductas que llevan a la aprobación del mismo. Aunque el término socialización se usa generalmente en relación con el desarrollo del niño, se trata de un proceso general y es aplicable a los adultos. A cualquier edad puede introducirse una persona en nuevos grupos o organizaciones y se espera que adquiera sus valores. La socialización se lleva a cabo toda la vida, especialmente en las fases de transición tales como la entrada en la escuela, la toma de un trabajo, el casamiento, el ingreso al servicio militar o a una institución mental, la migración a otro país, la paternidad y el retiro. El objetivo de la socialización es el llevar al individuo a conformarse de buena voluntad a los usos de la sociedad y de los grupos a los que pertenece. De modo superficial puede parecer que socialización y conformidad son sinónimas, que una persona debe ser servilmente convencional en su conducta y en sus actitudes si quiere ser aceptado como miembro del grupo social. Esto es hasta cierto punto verdad en la niñez, pero en la edad adulta, después de que la persona aprende lo que el grupo social espera de él, una gran variación de conductas es no solamente permitida, sino también conveniente. El conformista rígido no es un producto ideal de socialización, pues no es capaz de adaptarse a las circunstancias variables.

Los estudios de socialización se limitan generalmente a demostrar que las prácticas de cuidado de los niños tienen impacto en el desarrollo de la personalidad. Es interesante, no obstante, examinar el programa total de cuidado del niño y mirar hacia los aspectos de una cultura que determinan prácticas significativas de socialización. Los rasgos más generales de una sociedad, sea ésta tecnológicamente atrasada o avanzada, de cultura de abundancia o de necesidad, definen la duración de la dependencia del niño con respecto a sus padres y moldean las actitudes de éstos con respecto al niño, así pues, podrán considerarlo como ayuda, como carga o como juguete. A partir del conocimiento del sistema social y económico de una sociedad, es posible predecir con una exactitud razonable hasta qué punto dicha sociedad hará hincapié en la educación de los niños en la sumisión y la obediencia o en la autenticidad, la afirmación y el perfeccionamiento. La ideología y los valores de una sociedad

determinan directamente los patrones preferidos de socialización. El *Kibbutz*, o colonias colectivas de Israel, constituye un ejemplo de cómo una sociedad socialista formula un conjunto de prescripciones y prácticas culturales cuyo objetivo es el de producir un miembro leal y cooperativo de la colonia. La cultura del *Kibbutz* prescribe que la mujer debe ser igual al hombre en el trabajo, que la unidad primaria es la colectividad y no la familia y que los niños deben valorar las experiencias de grupo por encima de las individuales. Las prácticas de cuidado del niño adoptadas en la mayoría de las colonias comunitarias constituyen una expresión concreta de estas prescripciones. El niño del *Kibbutz* sufre un temprano destete y a partir del momento en que su madre se incorpora de nuevo al trabajo es colocado en una casa comunitaria de niños. En la casa de los niños es criado por un cierto número de *metaplot* (nodrizas) que ponen al niño frente a una gran variedad de experiencias de grupos de pares. Cuando comienza a frecuentar la escuela, los maestros le inculcan las virtudes de la cooperación y de la participación al grupo, y de acuerdo con estos valores no hay ni exámenes ni competencia por los grados. Aunque el niño de *Kibbutz* es algo agresivo y angustiado, al llegar a la juventud se vuelve una persona no-emotiva, apegada al grupo y bien adaptada, el ideal de su sociedad hecho cuerpo. En la mayoría de las sociedades el sistema cultural de creencias, así como las ideas que reinan acerca de la naturaleza básica del hombre, de su fin en la vida, y de su relación con la naturaleza y con sus semejantes, determinan también prácticas de socialización. En algunas culturas los adultos ven a los niños como seres a los que hay que criar; en otras, los niños son vistos como objetos que hay que ejercitar o disciplinar. Algunas culturas dan importancia al ejercicio en función del perfeccionamiento del niño, otras dan más importancia a la autorrealización. Las creencias específicas con respecto a la naturaleza del niño determinan también prácticas de educación. En el norte de la India, las madres *Rajput* creen que el destino de un niño está escrito en su frente desde su nacimiento. Creyendo así que el físico, el temperamento y la conducta están predeterminados, raramente dan instrucción directa a sus hijos. Cuando una madre castiga a un hijo no lo hace con propósito de disciplinarlo, sino para liberar su propio enojo.

En nuestra sociedad existe una creencia en la naturaleza maleable del niño. A medida que el niño madura se le hace cada vez más responsable de sus actos y la mala conducta encuentra como respuesta el castigo físico o simbólico considerado como eficaz para la prevención futura. Dentro de la sociedad, las diferencias de clase social se reflejan en las prácticas de cuidado del niño, las cuales, a su vez, influyen en el desarrollo de su personalidad. Aunque las prácticas de socialización están en constante mutación, las madres de la clase media, en comparación con las madres de la clase trabajadora, son generalmente más permisivas con respecto a los deseos y necesidades expresadas por sus hijos, son más equitativas en su cuidado del niño y tienen menor tendencia a servirse del castigo físico. Se admite generalmente que las primeras experiencias de aprendizaje tienen un efecto duradero y quizá irreversible en la personalidad. Los psicólogos sociales que comparten esta opinión se interesan especialmente en el estudio del proceso de socialización para reunir conocimientos acerca de los antecedentes y del desarrollo del funcionamiento de la conducta social. En sus estudios del proceso de socialización, los psicólogos infantiles han investigado los efectos de la disciplina infantil, de los programas de cuidado del niño y de las discontinuidades postinfantiles sobre la personalidad adulta. Los psicólogos sociales han estudiado los efectos de las presiones de socialización en contextos sociales diferentes, tales como colegios militares, campos POW* y prisiones. Mientras no hay duda de que la influencia de los padres sobre el niño durante los primeros años ejerce la más poderosa influencia socializadora, la importancia de dos procesos relacionados, desocialización y resocialización, descansa en el esfuerzo de diversos grupos e instituciones para retallar la conducta adulta considerada insatisfactoria o inapropiada.

Desocialización

El centro de la desocialización está constituido por la desaparición de valores-clave anteriores y de conductas de rol que constituyen el corazón del funcionamiento social del individuo. Hacer desaparecer hábitos y actitudes previos es un paso preliminar en todo intento de resocialización, Dornbusch (1955), quien pasó diez meses en la U.S. Coast Guard Academy, ha descrito el modo en que los nuevos "oficiales" son tratados para que pierdan su identidad civil. Al recién llegado se le incomunica de toda relación que le recuerde su status social anterior. Se prohíben las discusiones sobre riqueza y antecedentes familiares; se restringen las comunicaciones y el contacto con la gente extraña a la academia. El objetivo de estas medidas consiste en romper los lazos que refuerzan la identidad anterior del individuo en la vida civil. En su forma extrema, la desocialización hace del individuo un organismo dócil, parecido a un niño, incapaz de actividad independiente. Éste era el objetivo de los campos nazis de concentración para presos políticos antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. El psicólogo Bettelheim (1958), prisionero en Dachau y Buchenwald en los años 1938-39, observó sistemáticamente el proceso de desocialización en sus compañeros prisioneros. Se usaban torturas brutales, físicas y psicológicas, para subyugar los prisioneros a la dependencia. La elevada incidencia de conductas infantiles, inapropiadas, testifica la eficacia del tratamiento. A causa de frustración extrema, muchos hacían una regresión a la conducta infantil. "Los prisioneros vivían, como los niños, en el presente inmediato". Llegaban a ser incapaces de planear el futuro..., como adolescentes, se peleaban con todas sus fuerzas, para ser íntimos amigos unos minutos después. Eran jactanciosos, contaban historias a propósito de lo que habían realizado en su vida anterior, o como habían podido engañar a los guardias. Cual niños, no sentían vergüenza alguna cuando se hacía público que habían mentido a propósito de sus proezas (Bettelheim, 1958, p. 300).

Resocialización

La resocialización del individuo por el grupo es el proceso mediante el cual el grupo lleva al individuo a adoptar un conjunto de modelos de conducta en substitución de otros. A veces la resocialización puede ser una consecuencia inevitable de la desocialización. Nuevos valores pueden desarrollarse para llenar el vacío dejado por la supresión de los anteriores. El fin de la Gestapo no era convertir al nazismo a los prisioneros políticos, pero, sin instrucción deliberada alguna, los prisioneros comenzaban a adoptar los valores de sus guardias de la Gestapo. Bettelheim observó una tendencia marcada entre sus compañeros a identificarse con el agresor. La mayoría de los viejos prisioneros comenzaron a copiar el modo de hablar de la Gestapo y su actitud desdeñosa con respecto a los prisioneros incapaces, llegando a veces a la tortura y al asesinato. Recogían antiguas piezas de uniformes de la Gestapo, aprendían a mantenerse rígidamente en guardia o aún copiaban los juegos de fuerza física y resistencia acostumbrados entre los guardias.

Quizá el mejor ejemplo de proceso de resocialización es el intento de convertir (o "lavar el cerebro") los prisioneros norteamericanos a la ideología comunista, llevado a cabo por los comunistas chinos durante la Guerra de Corea. La esencia del "lavado de cerebro" era la eliminación de los lazos de grupo que sustentaban los antiguos valores y el establecimiento de nuevas interacciones sociales que reforzaban la ideología comunista. Schein (1958) ha identificado un cierto número de procedimientos en uso en los campos de Corea para llevar a cabo la conversión ideológica de los

soldados americanos. Muchos de los procedimientos parecen haberse dirigido primariamente a la desocialización, a través de la supresión de los soportes sociales que confirmaban los antiguos valores.

Los oficiales y los líderes virtuales de una resistencia de grupo eran separados y se quebraba la estructura del grupo mediante la separación y el cambio de lugar de los amigos. El establecimiento de un sistema de informadores y la diestra publicidad dada a casos reales o falsos de colaboración, impedían el desarrollo de una nueva e informal estructura de grupo. El soporte informativo del hogar era destruido mediante la comunicación exclusiva de cartas deprimentes y desmoralizadoras. Todas estas técnicas servían para que los prisioneros llegasen a sentirse aislados, desconfiados e inseguros en sus relaciones sociales, con lo que se llegaba efectivamente a privarlos de un grupo primario que sostuviese actitudes importantes.

Otros procedimientos se usaban para resocializar los prisioneros y llevarlos a colaborar con los comunistas. Si los individuos aceptaban participar en grupos de estudio dedicados a la ideología comunista, se les premiaba con deportes y actividades de grupo. Independientemente de la trivialidad del nivel de participación, se requería una cierta complacencia conductual en la asistencia a las discusiones doctrinales. Toda concesión hecha por los prisioneros implicaba una solicitud de más profunda confesión. Por fin, las recompensas eran manipuladas de tal modo que la comida extra, las medicinas y los privilegios especiales se reservaban para los actos de colaboración, mientras que los castigos acompañaban los actos de resistencia. ¿Hasta qué punto era efectivo el programa de resocialización desarrollado por los chinos comunistas? Parece ser que aproximadamente un quince por ciento de los prisioneros fueron llevados a la colaboración activa mediante el lavado de cerebro. Muy pocos se convirtieron a la ideología comunista, pero la mayoría de los colaboradores pronunciaron discursos, repartieron propaganda, firmaron peticiones de paz y confesiones e informaron sobre sus compañeros prisioneros. Se daban diferentes razones para colaborar. Algunos "oportunistas", sin ninguna identificación estable de grupo, colaboraban por la promesa de recompensas y beneficios materiales. Otros, con un "yo débil", se volvieron extremadamente miedosos y perdieron la razón bajo la presión física y psicológica. Unos cuantos eran "descontentos", gente marginal sin status ni fidelidad; que quedaron subyugados por la ideología comunista y por su promesa de status y de un papel para el futuro. Algunos fueron llevados engañosamente a la colaboración y entonces racionalizaron su sumisión con la creencia de que "infiltrándose" en las filas comunistas podrían obtener informaciones que pudiesen ayudar a las fuerzas norteamericanas.

La comparación con el récord de los prisioneros turcos capturados por los chinos comunistas en Corea es interesante. De los 229 turcos capturados ninguno fue culpable de colaboración. Varias explicaciones son posibles. El esfuerzo de los chinos para "lavar el cerebro" de los turcos quizá haya sido menos intenso, dado que muy pocos interrogadores chinos hablaban corrientemente el turco. El fondo cultural puede haber sido, en parte responsable. El valor de "tenacidad" tiene mucha fuerza en la cultura turca. Sin embargo, no hay duda de que los factores de grupo permitían a los turcos el mantenimiento de un alto nivel de disciplina y organización. El turco de categoría más elevada en cada grupo -aunque su categoría no fuese en lo absoluto muy elevada- seguía siendo el responsable de su grupo y recibía apoyo total de los otros prisioneros. De ese modo, el soporte del grupo con respecto a los antiguos hábitos y actitudes persistía intacto.

La experiencia de Corea nos proporciona dos lecciones importantes. En primer lugar, la importancia de un conjunto de valores para la conservación de la persona en condiciones de extrema privación y amenaza. Los prisioneros que resistieron activamente el adoctrinamiento chino eran, usualmente, gente madura y bien integrada en un fuerte sistema de valores. En segundo lugar, la

necesidad de mantener alguna forma de soporte de grupo si se quiere resistir a las manipulaciones del oponente. La incidencia relativamente alta de colaboración entre los americanos (en comparación con los turcos) se debió casi en su totalidad a la ruptura del soporte de grupo. Dicha desorganización del grupo disloca la resistencia cooperativa, impide el desarrollo de un cuadro adecuado de referencia y debilita el poder del grupo para ejercer presiones que neutralicen los intentos de influencia del apresador.

Por supuesto, si el grupo adopta un nuevo conjunto de valores la resistencia individual se vuelve aún más difícil. En Corea se asignaba a los grupos nuevos líderes e individuos ya impregnados de valores procomunistas. Ello constituye una reminiscencia de las técnicas usadas en los campos de concentración de preguerra de la Gestapo. Bettelheim narra que cuando el prisionero pertenecía a un grupo que había aceptado más o menos, el sistema nazi, los guardias tenían mayor éxito en la inducción de actitudes infantiles y de dependencia. Pero si el prisionero funcionaba como individuo, la resistencia se facilitaba. La Gestapo, al darse cuenta de ello, insistía en introducir a todos los prisioneros en grupos supervisados. Los esfuerzos para resocializar no son casi nunca tan drásticos o dramáticos como los ejemplos que acabamos de exponer. Aunque, usualmente, necesitan llevar a cabo varios intentos antes de lograr la conversión ideológica o la promoción de los individuos a los estándares de la sociedad, las instituciones como la escuela, la iglesia y, en caso extremo, la prisión, se sirven de medidas más sutiles.

PRIMEROS CONTACTOS SOCIALES

El concepto de cultura se manifiesta a sí mismo en la conducta social a través del proceso de socialización; las rupturas y los cambios en la socialización constituyen, en una medida considerable, una función del contacto social en el grupo humano. Es pues importante preguntarse qué tipo de conducta podría darse sin cultura o sin contactos sociales. La respuesta a esta pregunta representa otra manera de mirar la significación de las influencias sociales en la constitución "humana" del hombre. Un niño salvaje es feroz e indómito si ha sido separado de la sociedad cuando todavía era un infante y criado hasta la adolescencia por animales salvajes. La posibilidad de la existencia de niños salvajes ha estimulado a muchos psicólogos, puesto que tal existencia permitiría la comprensión del tipo de conducta que pudiera darse sin la influencia socializadora de la cultura humana. La captura de tales niños no-socializados y el éxito en los esfuerzos subsecuentes para socializarlos podrían también sugerir la posibilidad de anular el efecto de los disturbios psicológicos causados por el aislamiento de los contactos humanos durante la niñez.

A través de los años ha sido publicado un cierto número de trabajos, provenientes principalmente de la India, sobre niños que han crecido en compañía de animales salvajes. Ramu, el "niño lobo", se ha supuesto que fue criado por animales salvajes en la selva. Dennis (1951) habla de una "niña-osa" de la India, y en las revistas populares se ha hablado esporádicamente de un "niño-gacela". Quizá la más famosa de estas historias es el reporte de Singh y Zingg (1943) acerca del descubrimiento de dos niñas encontradas viviendo en un cubil de lobos, a unas setenta y cinco millas de Midnapore, India. Una de ellas, a la que se llamó Kamala, tenía cerca de ocho años de edad, y la otra, Amala, aproximadamente año y medio, en el momento del descubrimiento. Cómo llegaron a vivir en una cueva junto con una manada de lobos, era un misterio; nadie en la aldea cercana parecía saber quiénes eran las niñas ni el lapso que habían vivido aisladas de otros seres

humanos. Pero pareció posible, y en consecuencia se dio por cierto, que las dos habían vivido y sido cuidadas por los lobos desde la infancia. Cuando fueron encontradas, no tenían lenguaje y los únicos sonidos que podían pronunciar eran gritos guturales parecidos a los gruñidos. En sus hábitos, más parecían animales que seres humanos. Comían sobre la tierra, como los lobos, y rara vez usaban las manos. No caminaban en posición erecta, sino sobre las cuatro extremidades. Se dice que estaban aterrorizadas cuando las capturaron, mordiendo y arañando para defenderse. No obstante, los miembros de la aldea cercana que las encontraron las llevaron al misionero local, Singh, quien hizo todo lo que pudo para convertirlas, de simples animales; en seres humanos civilizados.

Amala murió poco después de la captura, pero Kamala sobrevivió. Mientras Kamala estuvo bajo su cuidado, el señor Singh llevó un diario de su conducta y tomó fotografías de sus posturas, similares a las de un animal. Durante un largo período, después de haber sido llevada a la misión, continuó mostrando un comportamiento como de lobo. Podía correr sobre sus cuatro miembros a tal velocidad que atrapaba conejos, los que se comía inmediatamente después de cazarlos. Persistía en aullar como lobo tres veces por noche y no podía pronunciar una sola palabra del lenguaje humano. Al principio se negó a usar ropa. Se interesó muy poco en los demás niños, excepto en aquellos que todavía gateaban. En esos casos, quería retozar con los niños en sus manos y en sus rodillas, Pero si los niños hacían algo que le pareciese extraño, se disponía a morderlos o arañarlos. No obstante, después de nueve años de cariñosos cuidados y de ejercicios, especialmente de parte de la esposa del misionero, Kamala llegó a desarrollar un vocabulario limitado (cincuenta palabras a los diecisiete años) y a entender el lenguaje simple. Aprendió a caminar en posición erecta, a comer comida cocinada y a usar vestido. Finalmente, aprendió a sonreír y a llorar, a mostrar y expresar emociones humanas. Pudo también dársele la responsabilidad de cuidar de algunos de los niños más jóvenes de la misión. No obstante, nunca alcanzó un nivel normal para su edad.

Aunque la historia de Kamala, la «niña-lobo», tiene en algo el sabor de viejos mitos y fábulas, algunos psicólogos muy respetables han aceptado el relato y ven en él una gran prueba de la importancia de las influencias culturales en el proceso de la humanización y la socialización del niño. Otros psicólogos han mostrado un entusiasmo menor por el reporte. Se basó, en fin de cuentas, en testimonios de segunda mano, reunidos por observadores no científicos. En 1959, un sociólogo americano, William Ogburn, y un antropólogo indio, Nimal Bose, hicieron un viaje al norte de la India para verificar las pruebas con respecto a los niños salvajes (Ogburn y Bose, 1959). No pudieron confirmar parte alguna de la famosa historia de la educación de las «niñas-salvajes» Amala y Kamala; no pudieron ni siquiera identificar el sitio donde se dice que fueron encontradas. Concluyeron que todo lo que puede decirse sobre Amala y Kamala es que eran dos niñas muy limitadas, sin expresión verbal, que vivieron en una misión a cargo de un señor Singh, científicamente indigno de confianza. Mientras tanto, sin tener que viajar hasta la India, otros científicos han llegado a una misma conclusión. La probabilidad de que una loba críe a un niño es tan pequeña que no se puede tomar en consideración. Solamente si la loba pierde a su pequeño se hará cargo de un niño. Las lobas amamantan sus crías durante dos meses; únicamente por un accidente increíble, la criatura hubiese encontrado la ubre y podido alimentarse durante este tiempo. Después del destete, la dieta de la criatura hubiese estado constituida de carroña vomitada. Sobrevivir con tal menú hubiese constituido una hazaña notable para un niño. Aunque existen dudas con respecto a la crianza de Amala y Kamala por los lobos, pocas dudas existen con respecto a que hayan sufrido privación de contactos humanos en su niñez. La explicación más factible es que eran débiles mentales o tenían deformaciones físicas al nacer, por lo que fueron relegadas en una habitación escondida por sus agobiados padres y por fin abandonadas en una cueva, en la que posteriormente fueron encontradas (Dennis, 1941). No

obstante, la conducta cuasi-animal de las niñas sugiere vigorosamente que, sin amplio contacto con otros seres humanos, la conducta humana no puede desarrollarse.

Con el creciente interés en la investigación de la restricción social y sensorial durante las primeras experiencias, ha decrecido la dependencia en los relatos de niños salvajes para la comprensión de los efectos del aislamiento social. Frecuentemente se reportan casos de niños socialmente aislados, descubiertos después de varios años de confinamiento en obscuras células o guardillas. Por ejemplo, Davis (1940, 1947) ha descrito dos casos extremos de aislamiento en los que dos niñas ilegítimas fueron confinadas en una habitación apartada desde su primera infancia. A las dos niñas se les dio solamente comida suficiente para que siguiesen en vida. Cuando fueron descubiertas a la edad de seis años, Anna no podía caminar, ni hablar ni hacer cosa alguna que mostrase inteligencia. Murió cuatro años después. Isabelle, también de seis años de edad, fue arrojada a la oscuridad con su madre sordo-muda. Su conducta, en el momento de su descubrimiento tenía un nivel de seis meses de edad. Se pensó en un principio que la niña también era sorda, pero después de una cuidadosa enseñanza estaba capacitada para asistir eventualmente a un colegio como niña normal. El aspecto interesante en Isabelle era que, bajo una guía experta y con atención, realizó rápidamente un aprendizaje. Anna, por otra parte, quizá haya sido congénitamente subnormal. Isabelle tenía al menos a su mamá por compañía, mientras que el aislamiento de Anna era mucho más severo. Esto sugiere que el retraso emotivo e intelectual producido por el aislamiento social puede ser reversible si el aislamiento no es demasiado extremo y si se da una cuidadosa enseñanza después del retorno a la sociedad humana. Partiendo de que su inteligencia no sea defectuosa, la probabilidad que tienen estos niños de llegar a ser "humanos" se aumenta de nuevo si la duración del aislamiento o abandono es breve, o si son devueltos a la sociedad humana cuando son todavía muy jóvenes.

Los estudios sobre niños reclusos en instituciones son otra fuente muy útil de información acerca de los efectos de la temprana privación social. Bajo condiciones de aislamiento social no hay contacto con otros miembros de la misma especie. Por otra parte, la privación social significa que hay alguna interacción social entre el individuo y los demás, pero la tasa o frecuencia es baja y la calidad emotiva de la interacción es pobre. El medio ambiente de las instituciones es generalmente de privación social y de limitaciones en experiencias sociales. Dado que el infante está expuesto a una secuencia de nodrizas, hay muy poco contacto "maternal" y muy poca estimulación sensorial. La oportunidad de aprender o practicar nuevas habilidades es mínima y los perfeccionamientos son poco reconocidos. Las consecuencias de la crianza en instituciones varían considerablemente de institución a institución y de niño a niño. Psicopatologías extremas, frialdad afectiva, desajustes sexuales, aislamientos por apatía e insuficiente desarrollo físico, se han observado en adultos que pasaron su niñez en instituciones. Parece, sin embargo, que las más frecuentes correlaciones a largo plazo de la institucionalización, son el deterioro intelectual y las imperfecciones en las habilidades interpersonales. La institucionalización no es una variable homogénea, y no está claro todavía si es la privación social o sensorial la responsable del deterioro social e intelectual que pueden sufrir los humanos. Pero no hay duda de que el contacto social en la infancia es crucial para el desarrollo humano normal.

Otra pista de conocimientos con relación a los efectos del aislamiento social proviene de los estudios en simios-infantes separados de sus madres unas cuantas horas después del nacimiento (Harlow y Harlow, 1962). Fueron criados durante los dos primeros años de vida en condiciones de aislamiento total. Para asegurar la ausencia de contacto social, se les hacía llegar la comida por

control remoto y la observación se llevaba a cabo a través de cristales que sólo permitían la visión en un sentido. Después de dos años de confinamiento en la soledad, los monos gozaban de perfecta salud física, pero padecían serios trastornos sociales y psicológicos. No jugaban con otros monos, ni se defendían cuando los atacaban. A pesar de ser sexualmente maduros, no tenían buena adaptación sexual y ninguno llega a copular exitosamente. Otros monos fueron colocados en situación de aislamiento durante períodos inferiores a dos años y una vez sacados del aislamiento presentaban también disturbios, pero en un grado menor. Los Harlow creen que un aislamiento total durante el primer año de vida, y superior a un período de seis meses, produce lesiones sociales y psicológicas irreversibles.

Así pues, el contacto con otros miembros de la especie es necesario para el desarrollo psicológico y social. Pero, ¿deben realizarse dichos contactos con una madre, o bien sirve cualquiera otro? Ciertos indicios sugieren que, en el caso de los monos, el contacto con compañeros de edad similar pudiera ser aún más importante que con las madres. Los monos criados por sus madres pero privados de contacto con monos de su edad durante un período de siete meses, presentaban muy serio retraso, mientras que otros monos criados con un grupo de su edad, pero sin su madre, mostraron un desarrollo social y psicológico muy normal. Los mismos resultados se obtienen con las ovejas cuando se les aísla socialmente. Scott, Fredericson y Fuller (1951) narran cómo basta separar a un carnero de las demás ovejas en los diez días subsecuentes al nacimiento para observar un cambio fundamental en su conducta. En contraste con el carnero ordinario, el cual desarrolla fuertes lazos sociales con su madre y posteriormente con las demás ovejas, el carnero segregado no sigue al rebaño y nunca llega a desarrollar una fuerte asociación con él. El aislamiento social completo en el curso de los primeros días de vida del pato, se ha encontrado que lleva a una conducta anormal. Dichos patitos se vuelven inmóviles y no dan respuesta a la estimulación social; se vuelven huidizos y muy excitables, mostrándose hostiles a las situaciones sociales (Hess, 1962). Estas actividades son muy similares a la conducta apática, nerviosa u hostil de los niños institucionalizados.

En muchas especies animales se han encontrado datos que sugieren la existencia de períodos críticos en la formación de los vínculos sociales. Si el animal no entra en contacto con su madre dentro de un lapso crítico después del nacimiento, no podrá desarrollar un fuerte apego hacia ella. El proceso en el que el joven animal sigue el primer objeto móvil con el que entra en contacto (usualmente la madre) y que luego considera como su progenitor, ha sido denominado "impronta". Konrad Lorenz (1935), quien hizo de "progenitor" de varias generaciones de gansos grises fue uno de los primeros etólogos que se dio cuenta de la importancia de la "impronta". Los gansitos se "improntan" con el primer objeto en movimiento a su vista en las primeras horas después de salir del huevo. Lorenz quiso estar presente cuando un grupo de gansitos estaba a punto de salir del huevo en una incubadora. Así Lorenz (y no la madre) fue el primer objeto en movimiento que los gansitos vieron. Para gran diversión de Lorenz, comenzaron, a seguirlo y actuaron como si él, y no la mamá gansa, fuera su progenitor. De hecho, los pequeños gansitos no querían saber nada de su madre e insistían en acompañar constantemente a Lorenz. La "improntación" puede sólo llevarse a cabo durante un cortísimo intervalo, inmediatamente después del nacimiento del animal. Parece también ser irreversible: una vez llevada a cabo es difícil deshacer el apego. La "improntación" observada también en ovejas y en cerdos, constituye una demostración notable de los efectos a largo plazo de las primeras experiencias.

Estos estudios de los efectos del aislamiento social y de la "improntación" en los animales inferiores nos dan pruebas inequívocas de que las primeras experiencias son particularmente importantes en el

desarrollo de la conducta social. Las pruebas de la existencia de un período crítico en el desarrollo de lazos afectivos en los humanos son débiles, a causa probablemente de que nosotros nos desarrollamos más lentamente que los monos de Harlow o los gansos de Lorenz. El período crítico humano puede extenderse a lo largo de meses o de años. Bowlby (1952) ha sugerido que el período que va hasta la edad de dos años y medio (especialmente desde los seis meses hasta el primer año) es como un período crítico. Si no se da un buen cuidado maternal, se daña irreparablemente al niño en su capacidad normal de desarrollo social y psicológico. Dado que en nuestra cultura una persona, la madre, cuida al niño desde la infancia hasta la adolescencia, no es sorprendente que se desarrollen ordinariamente fuertes lazos afectivos con esa persona. Los testimonios clínicos sobre niños que sufren privación materna (p. ej. niños criados en instituciones, niños que han experimentado una serie de separaciones de la madre y niños que sufren una pobre interacción con su madre) muestran que muchos llegan a sufrir graves perturbaciones y tienen dificultades para encontrar afecto más tarde en la vida. No hay todavía pruebas concluyentes de que un período particular en la infancia y en la niñez sea realmente el período crítico que establece las bases para el desarrollo de la afectividad. Después de todo, algunos niños privados durante su infancia de cálido y continuo cuidado materno logran crecer de modo relativamente normal. Algunos niños que parecen perturbados irreversiblemente como resultado de una privación severa y prolongada, logran recobrase, sobre todo con la ayuda terapéutica, y resultan capaces de realizar afectos interpersonales fuertes y duraderos. A pesar de la falta de pruebas con respecto a la importancia de un período crítico para la conducta social posterior, no hay duda de que las primeras experiencias satisfactorias son cruciales para el desarrollo de los afectos sociales.

INFLUENCIAS DEL MEDIO

Territorio

El medio físico es un determinante primordial del medio social del individuo puesto que define sus oportunidades de aprendizaje y de interacción social. Hay diferencia entre vivir en un barrio subproletario o en un lujoso apartamento; en el desierto de Kalahari o en la Riviera; en un rancho aislado o en un suburbio superpoblado. Las condiciones del medio definen el tipo de experiencias de las que el individuo aprende sus hábitos y valores. De entre los determinantes físicos de la conducta social, los más significativos son el clima, la región y el área. El espacio físico también es importante en la conducta social, en cuanto territorio o área que se conserva como posesión exclusiva y se defiende contra otros miembros de la especie. Un territorio es relativamente fijo; sus límites están marcados de tal modo que son visibles a los demás; su centro es más bien la casa que el cuerpo y la intrusión lleva usualmente a la pelea para mantener el dominio (Sommer, 1965).

La mayoría de los animales inferiores, y en menor grado el hombre, tienen la común necesidad de poseer y defender una área geográfica. En los animales, la defensa de un territorio reviste gran importancia en la regulación de la vida social del grupo. Por ejemplo, el gorrión macho escoge su área al principio de la primavera y la defiende mediante cantos, amenazas y peleas. Cuando llega la hembra, escoge un macho con su territorio y el apareamiento, la construcción del nido y la mayor parte de la alimentación se lleva a cabo dentro del territorio (Nice, 1943). La agresiva

conducta territorial tiene sin duda un valor de supervivencia para la especie. La distribución organizada de una población animal dentro de áreas delimitadas, permite proporcionar las necesidades de los animales al medio. Se impide así la superpoblación y, por ende, la escasez o la falta de recursos como comida, agua y consorte (Davis, 1962).

Ardrey (1966) sugiere que el "imperativo territorial" es también una poderosa fuente de motivación en la conducta humana. Argumenta que la responsabilidad y la lealtad familiar de los humanos, como la de los animales inferiores, está firmemente unida a un territorio privado. La moralidad, el deseo del hombre de sacrificarse personalmente por intereses que van más allá de él mismo no existiría probablemente en la especie humana sin territorio y propiedad privada conjuntamente defendida. Aunque Ardrey exagera (pasando por alto el hecho de que la territorialidad se encuentra solamente en algunos primates y frecuentemente por cortos períodos de tiempo), su opinión presta atención a algunos aspectos significativos olvidados del espacio físico en la interacción humana. La posesión de un territorio satisface parcialmente la necesidad de seguridad y estímulo; más aún, refuerza un sentimiento de identidad, puesto que dota a cada individuo de un lugar que lo distingue de los demás miembros del grupo. La función de la conducta territorial en el hombre, más bien que preservar un equilibrio ecológico, como en los animales, pudiera ser la de preservar un sentido de la identidad en situaciones que amenazan con despersonalizar al grupo o al individuo. La conducta de los grupos de barrios bajos, en el que facciones rivales defienden un pedazo de territorio por medio de peleas, tiene más que ver con la afirmación de la reputación y la superioridad de un grupo, que con el mantenimiento de una proporción ideal de población-recursos en los sectores superpoblados de la ciudad.

Dado que la población del mundo aumenta rápidamente y el espacio disponible decrece, parece que la conducta territorial, en forma de afirmación individual de control sobre una área determinada o en forma de defensa conjunta de una área contra la intrusión, vendrá a tener mayor importancia en la interacción humana. Aunque poco se conocen las necesidades que el territorio viene a satisfacer en la conducta social humana, se han llevado a cabo algunos intentos para estudiar la conducta territorial en pequeños grupos. Altman y Haythorn (1967) encontraron que los hombres en grupos socialmente aislados muestran un incremento gradual de conducta territorial (afirmando la posesión de áreas geográficas determinadas y los objetos contenidos en ellos) a medida que pasan más tiempo juntos. Los sujetos de este estudio eran nueve pares de marineros, relativamente extraños los unos a los otros al comienzo de la experiencia. Pasaron diez días en pequeñas habitaciones sin contacto con el exterior. En sus grupos socialmente aislados, estos hombres fueron mostrando un incremento gradual de conducta territorial y una tendencia al retraimiento social una vez pasados los diez días. Al principio eran sujetos de control individual ciertas áreas geográficas determinadas (p. ej. una parte de la habitación) y ciertos objetos muy personales (p. ej. una cama); más tarde entraron bajo control personal ciertos objetos más móviles y menos personales (como sillas). Es interesante que este tipo de conducta territorial tenga lugar cuando dos personas son reunidas juntas en alojamientos cerrados, esencialmente aislados del resto de la sociedad. Esto sugiere que la conducta territorial defensiva "adquisitiva" puede ser, además de una respuesta directa a la superpoblación, una reacción a las condiciones que plantea la amenaza de pérdida de la identidad personal que acompaña la supresión de los contactos sociales normales.

Superpoblación

Las conglomeraciones más densas de la vida diaria se encuentran probablemente en los transportes subterráneos de Tokio, en donde se venden chalecos deslizantes a los viajeros para facilitar su camino a través de la muchedumbre y en los que se emplean estudiantes a las horas de más afluencia para que empujen a los pasajeros dentro de los trenes. De algún modo se arreglan los japoneses para vivir. Los psicólogos saben muy poco sobre las consecuencias psicológicas de la superpoblación en la conducta humana y en ciertas partes de la India y del Este de los Estados Unidos el amontonamiento de poblaciones en pequeñas áreas es un fenómeno ordinario. Algunos estudios recientes de poblaciones animales en las que la superpoblación está relacionada con varias patologías de la conducta proporcionan muchos datos significativos acerca de las tensiones producidas por la densidad de población. Calhoun (1956-1962) fue uno de los primeros en notar que los disturbios en la distribución territorial y ecológica de los animales podían conducir a una patología conductual y a un mal funcionamiento fisiológico. En los ratones, la superpoblación en cajas de laboratorio conduce a conducta sexual anormal, a una disminución de la capacidad reproductiva y de cuidado de las crías, a abortos, a cuidados maternos deficientes para con las crías y a la dislocación en la fabricación de los nidos. Calhoun crió una colonia de ratas blancas en una jaula espaciosa. Más tarde, aunque se les permitía corretear, comer y hacer sus nidos en cuatro jaulas diferentes, las ratas mostraban una tendencia a vivir juntas en una jaula muy poblada. Calhoun inventó la frase "conjuntamiento patológico" (pathological togetherness) para describir esta conducta que disminuía la fertilidad de las ratas y acortaba sus vidas. Otros biólogos han observado que las ratas amontonadas en jaulas muestran una dilatación de las subrenales, signo de tensión (Christian, 1961); y se ha reportado alta "incidencia" de canibalismo y de impotencia masculina en colonias superpobladas de ratas, mecanismos de ajuste que funcionan para hacer decrecer el número de habitantes cuando éste se eleva por encima de un punto crítico.

No es posible considerar que estas reacciones patológicas son fenómenos raros asociados a las condiciones artificiales de un medio construido en el laboratorio, puesto que dicha conducta se da también en medios naturales. Deevey (1960) ha relatado ciertos aspectos de la vida de los turones, animales parecidos a los ratones y muy abundantes en Noruega. Cada cuatro años aproximadamente, cuando la población llega a ser excesiva para el territorio disponible, tiene lugar una migración masiva en la que un inmenso número corre ciegamente hacia el mar y se ahoga. Reacciones como de pánico, semejantes a ésta, ante la superpoblación tanto en laboratorio como en el medio natural, son pruebas de la existencia de mecanismos de regulación que permiten el control de la población y mediante éste, la perpetuación de la especie. En qué medida la superpoblación entre los humanos produce reacciones análogas de tensión y de patología social, es un punto discutido. En la vida urbana, muchas familias viven en grandes edificios de apartamentos y cada una de ellas es apenas consciente de la presencia de las otras. Pero en las secciones más pobres de la aglomeración citadina, grandes familias viven en habitaciones inapropiadas durante largos períodos de tiempo, pudiendo llegar a niveles de tensión dañinos a la conducta normal. Estas observaciones con respecto a la conducta territorial en las poblaciones animales, deben ciertamente incitar a una cuidadosa investigación de la relación existente entre la densidad de la población, la superpoblación y la dislocación de la conducta social.

Aislamiento y contacto constante

Hay medios que de hecho combinan las condiciones de la superpoblación y del aislamiento. La vida en una cápsula espacial, en un submarino nuclear o en una estación científica del Antártico, implica un grupo pequeño de gente que viven y trabajan juntos en medios inhabituales y superpoblados, aislados de contacto humano exterior. El vuelo espacial, en particular, implica un severo confinamiento. Después de un vuelo prolongado en una nave espacial es posible que una tripulación de astronautas muestre reacciones de tensión que interfieran con su habilidad para realizar hasta tareas simples.

En esos casos, el efecto del aislamiento social y de la restricción de la estimulación sensorial es aún más peligroso que el efecto de la superpoblación. Los efectos de la privación sensorial, la reducción de las sensaciones visuales, auditivas y táctiles se conocen perfectamente a través de las descripciones de exploradores y marinos náufragos. Dichos efectos incluyen molestias, insomnio, depresión, ineficacia mental, alucinaciones y aberraciones psicóticas. Los intentos de adoctrinamiento (lavado de cerebro) llevados a cabo por los comunistas chinos durante la guerra de Corea de 1950-51 comenzaban a menudo poniendo al prisionero en situación de confinamiento solitario. Con el fin de investigar en qué medida los efectos del lavado de cerebro se explicaban por las consecuencias del aislamiento perceptivo durante el confinamiento solitario, un equipo de psicólogos en la McGill University, Canadá, al terminar la guerra de Corea, comenzó una investigación sobre el problema de la privación sensorial. La frase "privación sensorial" ha sido tomada en diversos sentidos por diferentes psicólogos, pero en estas experiencias la frase implica confinamiento a un espacio limitado, separación de los contactos sociales normales y reducción de la estimulación sensorial para producir un medio ambiente constante, molesto y monótono. En su primer experimento, Bexton, Heron y Scott (1954) contrataron estudiantes universitarios de sexo masculino por veinte dólares diarios. Se pidió a dichos jóvenes que descansaran, veinticuatro horas al día en una cama confortable, en un cubículo semi-insonoro y bien iluminado, usando anteojos translúcidos para evitar la visión de formas. Excepto en las comidas y en el baño, tenían puestos guantes de algodón y mangas de cartón desde los codos hasta la punta de los dedos para limitar la percepción táctil. La percepción auditiva estaba severamente limitada mediante una almohada en forma de V, mediante las paredes del cubículo y con el ruido del fondo del aparato de aire acondicionado. Se pidió a los sujetos que se quedasen en el cubículo tres o cuatro días. De hecho, pocos se quedaron más de dos días, a pesar de la suma pagada. Al principio se fueron a dormir, después comenzaron a sufrir insomnio, trastornos emocionales y comenzó a hacerseles muy difícil el concentrarse. Algunos mostraron disturbios perceptivos y alucinaciones intensas. En otras experiencias, los sujetos desarrollaron un ardiente deseo de estimulación, aún en sus más simples formas, como por ejemplo la audición repetida de un reporte de las existencias de un comercio, y al exponérseles a una serie de discos-tipo de propaganda fueron persuadidos fácilmente (Scott y otros, 1959).

No se ha tenido éxito en los intentos llevados a cabo para generalizar, a partir de éstas y otras experiencias sobre privación sensorial, a las situaciones operacionales en las que pequeños grupos y personas viven y trabajan juntos en medios aislados. La situación de privación sensorial implica usualmente una sola persona aislada por sólo unos días. En los grupos pequeños sometidos a medios extremos, los efectos del aislamiento prolongado se modifican en función de la naturaleza de la interacción del grupo y de las características de personalidad de los individuos miembros.

Aunque se imponga un cierto aislamiento social, estas condiciones no implican formas severas de privación sensorial.

Gundersen y Nelson (1963) han observado los efectos del aislamiento y confinamiento en las estaciones científicas del Antártico, en las que grupos de quince a cuarenta hombres pasan muchos meses juntos, aislados en habitaciones cerradas, afrontando peligros, penalidades, restricción de actividad y períodos de inevitable monotonía. Durante la larga primavera los hombres manifiestan un incremento en la incidencia y en el rigor de síntomas emocionales y somáticos` especialmente disturbios del sueño, depresión, angustia e irritabilidad. Se produce un decaimiento general en el funcionamiento del grupo que se hace notar en una baja en la satisfacción por el trabajo, en la armonía de las relaciones sociales y en la eficiencia colectiva.

Los prisioneros en campos de concentración en tiempos de guerra, constituyen otro conjunto que combina el aislamiento del mundo exterior con la superpoblación y la presión del contacto constante, derivada de la presencia de los demás prisioneros. Un relato de Vischer (1919) describe el efecto del contacto social constante en los prisioneros franceses y alemanes durante la Primera Guerra Mundial. Según Vischer, la mayor queja de los prisioneros era la falta de privacidad, continuamente tenían que adaptarse a otras gentes. El continuo cuidado de la presencia de los demás producía irritabilidad y resentimiento, expresados en forma de hallazgo excesivo de errores y de jactancia acertada del status social anterior. Todos los prisioneros tenían el mismo problema: preservar la identidad individual en un momento en el que no había privacidad en sus vidas personales.

Un ejemplo diferente de un conjunto social que combina el aislamiento con una falta de privacidad es el *Kibbutz* o colonia comunitaria. La sociedad de colonia comunitaria recalca la vida total del grupo y las experiencias de grupo, ideología que hace difícil que el individuo guarde anonimato y privacidad en sus problemas de la vida diaria. Weingarten (1955), miembro de un *Kibbutz*, dice que "a veces se han desintegrado pequeños *Kibbutzim* porque las mismas treinta y cinco personas no podían soportar el vivir con cada uno de los demás en un sitio aislado" (p. 145). La ausencia de privacidad, la exposición constante ante la opinión pública y la continua vigilancia de otras gentes, produce una gran cantidad de tensión en la vida común. Cuando el autor visitó una colonia comunitaria en Israel en el verano de 1964, una queja frecuente de los colonos australianos (que por lo demás se encontraban perfectamente a gusto) se refería a las presiones causadas por el contacto constante con otras gentes.

Hay un cuento, atribuido a George Simenon, en el que un rebelde contra la sociedad decide alejarse y ocultarse en los parajes despoblados de Tahití. Unos días después nuestro héroe está totalmente incómodo con su propia compañía y, auto-convenciéndose de que necesita un nuevo cepillo de dientes, sale de la jungla para subirse al primer autobús con rumbo a la ciudad. La idea de "alejarse totalmente", de vivir la vida de un recluso, es un sueño muy general, pero las pruebas nos dicen que la separación de la sociedad humana puede tener consecuencias desastrosas.

Por los relatos escritos de gente que ha estado en naufragios o han pasado por la primavera antártica, y a partir de las pruebas científicas existentes, se deduce claramente que el aislamiento puede producir perturbaciones extremas de conducta. Es interesante notar, no obstante, que los efectos del aislamiento no se reducen necesariamente con la presencia de una o dos personas más y que dicha presencia puede agravar dichos efectos. Merrien (1954) ha descrito 185 casos diferentes de sobrevivientes de naufragio y sus crisis psicóticas. Nos dice que, repasando la literatura pertinente,

se encuentra que en ciertos casos era mejor encontrarse sólo que tener presente a otra persona. Era también mejor tener tres gentes que tener dos; aunque tres pueden cristalizar una coalición de dos en oposición del tercero, dos personas están en peligro grave de comprometerse exageradamente la una con la otra, reforzando así la conducta psicótica. Merrien cita el caso de De Bisschop y Tatibouet, quienes cruzaron el Pacífico de China a Hawai y desde Hawai a los Estados Unidos. Tatibouet robaba secretamente las raciones, comía una parte y tiraba los restos al mar para que De Bisschop no se enterase. Finalmente se acabaron las raciones. Por fortuna pronto llegaron a vista de tierra y se salvaron de la inanición. De Bisschop perdonó a Tatibouet, pues estaba vencido por la emoción a causa de que era su cumpleaños y Tatibouet había reservado media galleta para dársela como regalo. Otros relatos sobre los efectos del aislamiento y la privación social pueden encontrarse en Brownfield (1964).

Como lo demuestran los ejemplos de esta sección, tanto la superpoblación como el aislamiento producen efectos perniciosos en la conducta y estos mismos efectos pueden observarse tanto en conjuntos sociales caracterizados por el contacto constante, como en pequeños grupos de áreas remotas y aisladas. Una condición básica para una conducta social eficaz es vivir en un medio en que el individuo pueda juntarse con una variedad de personas, de dentro y de fuera de su grupo, al mismo tiempo que se guarda una medida de privacidad y anonimato. Tanto una excesiva exposición a los demás como un contacto demasiado pequeño, perjudican al individuo y al grupo.

EL HOMBRE Y LOS DEMAS ANIMALES: CONDUCTA SOCIAL DE LOS PRIMATES

En los párrafos anteriores de este capítulo, a propósito de la importancia de los primeros contactos sociales para la "humanización" del niño, se utilizaron muchas pruebas provenientes de la conducta animal. Pero, ¿Cuán pertinentes son los estudios de la conducta social animal para la comprensión de la conducta social de los humanos? Un argumento en pro de una psicología social comparada, como el estudio del comportamiento social animal en su hábitat natural, consiste en el establecimiento de una línea de base comparativa que permita la afirmación de la unicidad de la conducta social humana. Observando la adaptación de diferentes especies de animales a su medio natural, podemos descubrir aspectos de comportamiento que pueden proyectarse al hombre. El estudio de las tendencias evolutivas en la conducta social constituye un aspecto de este punto. Un objetivo más ambicioso de la psicología social comparada, es el desarrollo de una teoría de la conducta social humana a partir de la observación de animales que muestran, de modo más simple, los patrones esenciales de conducta que el hombre mismo mostraría en condiciones psicológicas similares. Este es probablemente un objetivo demasiado ambicioso. Las extrapolaciones hechas a partir de la conducta social animal a la humana, pueden ser erróneas si la proposición subyacente es que la conducta mostrada por las dos especies, es psicológicamente equivalente. Fuera de los objetivos de la psicología social comparada, los estudios de la sociabilidad en los primates iluminan dos problemas de gran importancia para la comprensión de la conducta social: a) los factores que hacen que los primates, como el mono y el gorila, se agrupen y se atraigan los unos a los otros; y b) los determinantes de los patrones específicos de relación social e interacción en y entre los grupos.

Las bases de la conducta social en los primates

Zuckerman (1932), basándose en los datos a su disposición, hace treinta y cinco años postuló que "el factor principal que determina el agrupamiento social en los primates subhumanos es la atracción sexual" (p. 31). Más recientemente, Sahlins (1960) ha escrito que "el poderoso imán social del sexo era el incentivo principal de la sociabilidad del primate subhumano" (p. 4). En su análisis del porqué del mantenimiento unido de las sociedades, Freud (1921) vio derivaciones del instinto sexual como las bases de la sociabilidad humana. La gente se une por amistad y ésta, según Freud, es un amor desexualizado o sublimado. Dentro de la familia, la atracción sexual del niño por su madre se resuelve mediante una identificación común y unificadora al padre.

Hoy en día, los psicólogos tienden a restar importancia a la sexualidad como base de la sociabilidad del hombre y de los demás primates. Las observaciones de Zuckerman (1932) sobre la sexualidad de los primates se basaban principalmente en observaciones de animales de zoológico. Un primate en jaula es un triste sujeto para estudios de conducta social, puesto que está virtualmente privado de vida de manada; los motivos que influyen su conducta en la sociedad natural, tales como el miedo al animal rapaz, la presión del hambre y las riñas de frontera o de territorio, existen sólo en una forma atenuada. Zuckerman basó también sus ideas acerca de la importancia de la sexualidad en la creencia de que los monos y gorilas, como el hombre, experimentaban una vida sexual y reproductiva uniforme e ininterrumpida. Estudios sobre el terreno han manifestado que la sexualidad no desempeña un papel importante en la sociabilidad de los primates (Altmann, 1962). De hecho, no existe un período continuo de apareamiento en los monos y cinocéfalos sexualmente maduros. La hembra cinocéfalo está en celo sólo una semana al mes, y la hembra del mono tiene un prolongado período de inactividad sexual de siete meses. Después de pasada la época de actividad sexual, sigue dándose la solidaridad de grupo, y en el curso de la época de actividad sexual las hembras que no están en celo no abandonan la manada.

Una explicación del carácter gregario de la vida de los primates y del porqué viven en grupos sociales altamente estables, debe buscarse a partir de otras bases. La defensa de un territorio social es un factor que integra algunas (aunque no todas) especies. Para asegurar la supervivencia, las poblaciones de una especie tienen que distribuirse en función de los recursos de comida y agua disponibles en el hábitat. La solidaridad de grupo permite la defensa conjunta, eficaz, de un territorio contra la intrusión de extraños, cuya presencia pudiese dislocar la proporción población-recursos. Puesto que los miembros se avisan los unos a los otros de los peligros que se acercan y de la necesidad de actuar, la solidaridad de grupo eleva la probabilidad de supervivencia de los individuos miembros del grupo. Los animales solitarios están en mayor peligro de perecer, así los individuos cinocéfalos y monos no se separan de la manada. Si al perderse, enfermarse o ser atacados quedan separados del grupo, chillan o buscan a sus compañeros en un esfuerzo desesperado por reunirse con ellos. Un tercer factor es que, como en los humanos, la sociabilidad de los primates subhumanos se aprende en la relación madre-hijo. A lo largo de los años de crecimiento y desarrollo, tiene lugar un contacto interanimal de gran riqueza y diversidad. Aunque los monos y gorilas nacen relativamente maduros (en comparación con el hombre, y crecen con rapidez, existe un largo período de dependencia social durante el cual el contacto entre la madre y el infante genera infinidad de oportunidades para el aprendizaje social. La importancia particular que el período de dependencia y contacto del niño con los demás tiene con respecto al aprendizaje de la conducta social, queda vigorosamente demostrada en los estudios experimentales de los Harlow (1962) sobre monos rhesus

criados en condiciones de aislamiento social hasta el comienzo de la adolescencia (véase pp. 24-27). Butler (1954) ha puesto de manifiesto en el laboratorio que un mono aislado trabajará más teniendo por sólo recompensa de su labor la vista de otro mono. Es de esperarse que para un mono criado en condiciones de aislamiento desde el nacimiento, la posibilidad de ver otro mono no fuera una buena motivación al trabajo. Las observaciones sobre el terreno confirman también la existencia de un alto grado de apego social en los primates subhumanos. Casi todos los monos rhesus maduros están apegados a los machos adultos dominantes y los jóvenes están apegados a sus madres, a sus hermanos y a los compañeros de su edad. Las pruebas muestran, pues, que la base de la conducta gregaria y de afiliación en las especies subhumanas tiene algo más que una base instintiva.

Aunque existen similitudes sorprendentes entre la conducta social animal y humana, las diferencias entre el hombre y el mono son más numerosas y significativas que las similitudes. Como lo notan Washburn y Devore (1961), el hombre, aún en la sociedad preagrícola, presentaba rasgos de participación, de cooperación, patrones de juego y de lenguaje únicos si se le compara con el simio. La capacidad de servirse de símbolos y de lenguaje está considerablemente más desarrollada en el hombre que en los animales. El contraste entre los dos, al mismo tiempo que aclara la importancia de la sociabilidad para la sobrevivencia y de las experiencias sociales en la infancia, conduce a una apreciación del carácter único de la conducta social humana.

Dominación social

Otra forma elemental de organización social es el ordenamiento de los individuos miembros del grupo en una jerarquía de dominación que ayuda en la distribución de las parejas y en el empleo de otros recursos básicos, como la comida, y se encuentra en toda clase de vertebrados y también en ciertas especies de aves. Collins (1951) ha descrito el ordenamiento social de una banda de cinco gallinas blancas en un orden de picoteo. Una de las aves era el jefe de la banda y podía picotear libremente a todas las demás. Otra gallina, la segunda en jerarquía, picoteaba a todas las demás excepto a la jefe, y las demás se distribuían a sí mismas en los estratos restantes del orden de dominio, sirviéndose para ello de amenazas y peleas cuando se necesitaba. Esta conducta se manifiesta con mayor frecuencia durante la comida y es sin duda un factor importante en la distribución del alimento. El animal dominante precede a su subordinado en la toma de alimentos. El subordinado se sitúa junto a su superior y puede llegar hasta a cederle comida que ya ha atrapado. La relación de dominio-sumisión funciona también en la determinación de los derechos de apareamiento; en algunas especies el macho dominante lleva a cabo todas las relaciones sexuales.

La jerarquía social permanece estable durante largos períodos de tiempo y puede prolongarse durante meses y aun durante años. Un extraño en el corral tiene que situarse por fuerza en el último lugar. Generalmente el orden establecido en el encuentro inicial de dos individuos refleja el vigor y la edad, pero puede también ser función del tamaño, de la madurez, de la masculinidad, del conocimiento del terreno, de la experiencia en ganar peleas y de la agresividad. A partir de sus observaciones con respecto a la reacción de dominio-sumisión en un par de chimpancés, Yerkes (1941) encontró que la hembra durante su período de receptividad sexual se sirve de la prostitución con el propósito de ganar status de dominación. De modo similar, el ofrecimiento de favores sexuales al macho es a veces una estratagema para obtener el no ser atacada o un aumento de comida (Nissen, 1951). Al igual que la conducta territorial, la organización del grupo en un orden social facilita

la supervivencia de la especie. Es como si el grupo se organizase con prontitud para hacer frente a una época problemática en la que la comida, el agua y la compañía sexual escasearan. Si la escasez de estos recursos llegase a plantearse y se dividiese la comida entre todos los miembros, todos perecerían por inanición; si no existiese organización para la distribución de la comida, el grupo pasaría el tiempo riñendo, con idéntico resultado. La existencia de una organización determinada, que asegura privilegios en la alimentación y en la relación sexual, significa que al menos algunos individuos tienen suficientes recursos para sobrevivir y mantener la población durante el período de carestía (Davis, 1962), y que los miembros dominantes tienen mayor oportunidad de tener descendencia. Aquellos que se encuentran en los estratos bajos del orden de dominio son relegados a una vida de celibato, al margen de la colonia o tienen que emigrar. La jerarquía de dominio-sumisión ayuda también a la estabilización del grupo, impidiendo el desarrollo de un exceso de conflicto entre los miembros.

El dominio en el grupo está relacionado con la conexión líder-seguidores, que facilita más directamente la supervivencia del individuo que la del grupo. En las manadas de monos rhesus, los líderes típicos son adultos machos maduros. El macho dominador inicia y dirige la progresión de todo el grupo. Al levantarse y ponerse vigorosamente en marcha, todos los demás miembros del grupo le siguen. Es posible que el aprendizaje basado en recompensas alimenticias establezca la relación, sobre todo entre los animales que se encuentran en los niveles más elevados de la escala filogenética. Se ha observado que los chimpancés imitan sólo a los miembros situados en los puntos más altos de la jerarquía social. En un experimento (citado por Lorenz, 1966) un chimpancé de bajo rango fue separado de la colonia y se le enseñó a procurarse bananas de un aparato especialmente construido y a través de una serie de complicadas manipulaciones. Al reintegrar al chimpancé y su aparato al grupo, ninguno de los demás chimpancés prestaron atención a su trabajo ni aprendieron su técnica de obtener bananas. Entonces, se tomó al chimpancé de rango más elevado y se le enseñó a usar el aparato. Al reintegrarse al grupo, los otros miembros lo observaron y pronto aprendieron a imitarlo. Un líder efectivo es, pues, un miembro del grupo que influencia a los demás miembros y obtiene beneficios para ellos. En los grupos humanos, como veremos en el capítulo 2, el líder desarrolla un papel similar.

En las discusiones de la conducta territorial y del establecimiento de las relaciones de dominio, hemos observado que las peleas intraespecie tienen como función la preservación de la especie. Lorenz (1966), en su análisis de la agresividad en las especies animales, señala que la agresividad promueve la distribución equilibrada de los animales de una misma especie en el territorio disponible, permite la selección y la supervivencia de los más fuertes en caso de escasez de recursos y se usa para la defensa de los pequeños. En contraste con la agresividad humana, la agresión animal en raros casos es violenta. Las peleas competitivas entre miembros de una especie se desarrollan ordinariamente de modo simbólico o ritual. Más que la pelea es la amenaza la que establece el vencedor y el vencido. El animal más fuerte se muestra más feroz, gruñe más ruidosamente y se esfuerza más. Las peleas reales, empero, no son frecuentes y terminan, por lo general, antes de que haya derramamiento de sangre, cuando el perdedor parece como que "presentase" su vena yugular al vencedor o dirige su mirada hacia otro sitio en señal de sumisión. El hombre, como lo nota Lorenz, carece de inhibiciones contra la muerte de sus semejantes. En contraste con los animales inferiores, carece (o perdió) de un conjunto de mecanismos instintivos que permite a sus rivales el reconocimiento de su situación relativa en la jerarquía de dominio y les haga retirarse antes de que la agresión se convierta en violencia. El análisis de Lorenz de la agresión como expresión espontánea del instinto, lleva a la triste conclusión de que hay pocas soluciones prácticas

al problema de su control. Hay muchas pruebas, no obstante, de que la conducta agresiva puede ser muy favorecida o completamente suprimida por medio de ejercicios y, por ende, es posible que la aplicación de principios sanos de aprendizaje a lo largo de los años de formación y el control cuidadoso de las condiciones adversas, puedan producir un individuo relativamente no agresivo.

RESUMEN

En este capítulo se han tratado las bases de la conducta social. El análisis de las influencias culturales ha mostrado que la sociedad es una base fundamental de la conducta, social. La cultura está relacionada con la conducta de un modo complejo: motivaciones importantes pueden ser sólo satisfechas en un contexto social; las sociedades llevan a cabo diversos arreglos para la satisfacción de las necesidades; la sociedad determina las actitudes, los valores, los hábitos y la fuerza de las necesidades de los individuos; y la cultura define los límites y la dirección del aprendizaje del individuo.

Al examinar influencias sociales más específicas sobre la conducta social, se puso atención en el proceso de socialización a través del cual el individuo adquiere cultura y llega a ser un miembro activo y conforme de su grupo. Esto lleva a un análisis de la desocialización, el proceso por el cual actitudes y valores fundamentales desaparecen, y de la resocialización, proceso de reemplazar actitudes y hábitos antiguos e inaceptables, por otros nuevos. Las experiencias de aprendizaje fundamentadas en los primeros contactos sociales son cruciales en la socialización del niño.

Se examinaron también, como otra base de la conducta social, las influencias del medio relativas al uso del territorio geográfico, la superpoblación, el aislamiento y el contacto social continuo.

Como pruebas de los límites de la conducta social se incluyen las reacciones de individuos en situaciones sociales extremas, tales como los campos POW y los campos de concentración, los estudiantes bajo condiciones extremas de privación sensorial y los niños que han sufrido aislamiento severo de su propia familia. Es evidente que para que el individuo pueda manifestar las cualidades llamadas "humanas" necesita contactos sociales satisfactorios a partir del nacimiento, el soporte social proveniente de ser miembro de un grupo y la estimulación asociada a la presencia de otros semejantes. Si no se reúnen estas condiciones esenciales, puede que llegue a seguir en vida, pero funcionando a un nivel muy reducido de capacidad y con una potencia de contacto social efectivo severamente mutilada.

Finalmente, una breve discusión de la vida animal de grupo nos ha proporcionado una perspectiva para diferenciar lo que es único y lo que es común en la sociabilidad humana y en la organización social. La sociabilidad animal y su apego social son de gran valor para la supervivencia del grupo, puesto que los animales solitarios están en situación especialmente vulnerable con respecto a los rapaces. Dentro del grupo, la jerarquía de dominio promueve la sobrevivencia del grupo mediante la limitación de la agresión y del conflicto a ciertas áreas y mediante el establecimiento de un orden de precedencia en el territorio, en la alimentación y en los derechos sexuales. En la unidad 4 se examinarán las fuentes, dimensiones y efectos de la conducta humana en grupo.